

Del feudalismo al comunismo

El sábado, 21 de diciembre, se proclamó en Etiopía "Jornada revolucionaria". Fiesta nacional y desfile por las calles. En el desfile, millares de estudiantes someramente uniformados, con boina de paracaidistas, que abandonaron definitivamente sus clases —cerrados están todos los centros de enseñanza— para marchar al interior del país y comenzar sus clases de alfabetización y cultura popular para los campesinos. El comunismo había comenzado.

El socialismo de un solo partido y autoridad firme, profundamente nacionalista, va a sustituir al feudalismo. Durará mucho o poco; devorará esta revolución a sus hijos, o quizá no. Lo que parece cierto es que el feudalismo anterior no regresará. Si hay posiblemente dos grupos militares enfrentados, ninguno de ellos pretende la reposición del Negus —o de otra persona de su dinastía— en el trono, ni la entrega del poder a la aristocracia y a la Iglesia. Los más moderados buscarían un socialismo africano, quizá al estilo del de Sedar Seghor en el Senegal, o al de Nguabi en la República Popular del Congo. Los que han ganado hasta ahora, y están instaurando su régimen nuevo y revolucionario, ofrecen características propias y, según los Estados Unidos, están influidos por el comunismo chino. Los servicios de información de Estados Unidos señalan la presencia de instructores chinos y algunos de los rasgos del nuevo socialismo de partido único suenan a conocidos. Por ejemplo, esta misma movilización de estudiantes y profesores para que vayan al campo a enseñar. No solamente el alfabeto y las nociones de cultura general que pueda, sino también el sentido de la revolución. Por ejemplo, también, cierta forma de descentralización dentro de la unidad: "Cada administración regional, cada pueblo, deberá administrar sus propios recursos y bastarse a sí misma", dice el punto cuarto del programa revolucionario: es algo que recuerda bastante el sistema chino de comunas. (El pun-

to primero, sin embargo, precisa que Etiopía ha de ser "un país unido, sin ninguna diferencia étnica, religiosa, lingüística o cultural", lo cual es una manera de salir al paso de las pretensiones de Eritrea y de otros nacionalismos regionales.)

El socialismo etiope del "Etiopía Tekdem" (Etiopía Primero: consigna y al mismo tiempo nombre del partido socialista único) pretende la nacionalización de empresas y tierras. Pero permite que algunas empresas, aunque nacionalizadas, continúen bajo la gerencia de sus propietarios, siempre que su manera de actuar no contradiga "La filosofía del Etiopía Tekdem", y mediante un control estricto de sus beneficios. A pesar de todo, se invita al capital extranjero a que realice inversiones "siempre que sirvan para ayudar las actividades económicas del país". La tierra va a ser redistribuida. Hasta ahora, la propiedad agraria era de un 15 por ciento del gobierno imperial (personalmente del Negus), un 25 por ciento del gobierno —los ministros—, un 20 por 100 de la Iglesia y otro 20 por 100 de la aristocracia. Quedaba un 20 por 100 repartido entre los campesinos del país, en minifundios, aunque el sistema político y económico marcaba la tendencia a concentrar estos minifundios en manos de terratenientes ricos. La forma de redistribución de la tierra no ha sido fijada todavía: los militares están estudiando varios proyectos de reforma agraria, que van desde la entrega personal a los campesinos hasta la propiedad nacional o colectiva. Puede resolverse entregándola a las administraciones locales —las "comunas"—, como en China, o creando "koljoses", como en la URSS. En política exterior, el socialismo etiope se proclama neutralista y deseo de mantener relaciones de buena vecindad con los países limítrofes y con todos los africanos.

La experiencia tiene un enorme interés y sus resultados pueden influir mucho en África.

«Esto es como el Vietnam»



Osman Saleh Sabbi: «El setenta y ocho por ciento de los eritreos viven en territorio liberado».

ENTREVISTA CON OSMAN SALEH SABBI, SECRETARIO GENERAL DEL FRENTE DE LIBERACION

«**V**AMOS a dar rápida solución a la cuestión eritrea», ha declarado Teferi Benti, nuevo Presidente del Gobierno provisional etiope. General de Brigada, fue colocado el 23 de noviembre al frente del Comité Militar de Coordinación por el auténtico dueño de Etiopía, que sigue siendo el comandante Menghistu Hailé Mariam. Hoy se estima en Addis Abeba que el futuro del nuevo Régimen, al que los americanos acaban de cortar los créditos que le venían concediendo, dependerá en gran medida del modo como aborde el problema de Eritrea, donde los guerrilleros llevan doce años luchando por conseguir la independencia. Los dos movimientos, el FLE (Frente de Liberación de Eritrea, de mayoría musulmana) y el FLP (Frente de Liberación Popular, de mayoría ortodoxa), acaban de sumar sus fuerzas para hacer frente a una eventual ofensiva de gran envergadura por parte del Ejército etiope.

—Parece que le está costando tanto trabajo entenderse con el nuevo Régimen etiope como con el depuesto...

OSMAN SALEH SABBI.—Esperábamos que la destitución del Negus y la subida al poder de militares progresistas permitirían llegar rápidamente a una solución del problema eritreo. Nos equivocamos, sin embargo. Durante las primeras semanas que siguieron a su acceso al poder, el Comité Militar trató de emprender negociaciones. Era algo lógico: un tercio del presupuesto etiope se destina a la guerra contra Eritrea. En un país en el que reina el hambre y todo está por hacer, nos parecía normal que los nuevos dirigentes etiopes, que dicen estar al servicio del pueblo, pongan fin rápidamente a una guerra que está costando una fortuna y que no resuelve nada.

—¿No se celebran las negociaciones?

O. S. S.—Ha habido intentos. Los sudaneses debían servir de intermediarios. Pero los militares querían negociar una especie de autonomía interna para Eritrea. ¡Inaceptable! solo nos interesa la independencia total. Incluso la Organización de las Naciones Unidas reconoce el fenómeno nacional eritreo. En una Eritrea independiente estamos dispuestos a conceder facilidades a los etiopes, en particular para la utilización de nuestros puertos. Los militares han preferido la fuerza.

—¿Teme usted el empleo de la fuerza?

O. S. S.—Lamentamos que se recurra a la fuerza. Nada puede resolver. Nuestros comandos responderán a la escalada de la represión con un recrudecimiento de los atentados, de los golpes de mano. Pero es preciso que los dirigentes etiopes sepan que no existe para ellos solución militar al problema eritreo. Esto es como Vietnam.

—¿Son ustedes capaces de hacer frente a una vasta ofensiva etiope?

O. S. S.—Las guerrillas son un poco las mismas en todas partes. Tenemos un conocimiento perfecto del terreno y contamos con el apoyo de la población.

El 78 por 100 de los eritreos viven en territorio liberado y sólo unas pocas ciudades permanecen bajo control etiope. Sin embargo, incluso en las ciudades, la población practica la desobediencia pasiva. ■ HERVE CHEVALIER.